

# Pecados de este mundo

Alfredo Bryce Echenique

EL AUTOR DE *UN MUNDO PARA JULIUS* RECUERDA EN ESTE ARTÍCULO ALGUNOS EPISODIOS DE SU INFANCIA EN UN COLEGIO RELIGIOSO DE LIMA.

Tenía yo ocho años y cursaba el segundo año de primaria en el colegio Inmaculado Corazón, regido por unas monjitas norteamericanas de grandes tocas blancas sumamente almidonadas, unos como baveros en forma de media luna e impolutos, para ir sin senos por el mundo, de totales hábitos azules que hacían imposible adivinar si llevaban zapatos o sandalias, si usaban calcetines o medias, y de qué color. Colgado del cuello llevaban estas monjitas un larguísimo rosario negro de crucifijo dorado, que, al menos a mí, me permitían establecer con precisión algunos rasgos relevantes de su carácter. Si eran nerviosas, coléricas, si sencillamente no podían con tanto niño, tiraban permanentemente del crucifijo, se lo llevaban a la boca, lo mordían, y el rosario se tensaba al máximo y amenazaba siempre con romperse y dejar escapar una lluvia de bolitas. Las monjitas buenas y las bonitas, que eran realmente escasas, llevaban su gran rosario con inmensa naturalidad, con callada religión, con paz y sosiego. Y sin duda rezaban con él en la capilla y en sus habitaciones.

Siendo norteamericanas estas monjitas y el colegio todo –menos la señorita Khan, alta y china y soltera y eficiente secretaria–, se dividían en dos categorías: *mothers* y *sisters*. Las primeras mandaban más y eran generalmente más corpulentas, y las segundas solían hablar de sus lugares de nacimiento en los Estados Unidos y extrañaban y podían llorar si algo triste les pasaba. A *sister* Susy, por ejemplo, la pesqué yo llorando un día al fondo

del largo corredor de las salas de clase y no se me ocurrió nada mejor que acompañarla con mi propio llanto cuando me dijo sollozando que se le había hecho trizas un florero que le regaló su padre cuando se vino a vivir al Perú. Eso nos unió.

Después, como celebración real de esa unión, vinieron mis lecciones de piano con *sister* Susy, que era en efecto la profe de piano del Inmaculado Corazón. Qué delicia de amor era llegar por las tardes, al terminar las clases, cuando ya hasta el último alumno había abandonado el local del colegio, hasta la sala aquella del piano, a medio camino entre el mundo entero de las aulas, el mundo entero de la iglesia del colegio, y el mundo entero de las habitaciones de las monjitas. *Sister* Susy lo esperaba a uno en aquella sala luminosa y amplia y lo invitaba a sentarse ante aquel perfecto Pleyel. El mundo se llenaba entonces de olores que competían entre ellos pero que al mismo tiempo producían su efecto en el alma de una manera complementaria, antes de mezclarse y de confundirse y de segregar aquella atmósfera que emanaba también en buena parte de un preludio de Chopin, que yo llevaba muy bien estudiado, del olor a lavanda de *sister* Susy y de sus confesiones: un novio muerto en la guerra de Corea, Walnut Creek, su pueblo natal, y el Perú, un lugar para olvidarlo todo, siempre y cuando sigas viniendo cada tarde con tus lecciones tan bien preparadas. Entonces yo apretaba el pedal que apaga los sonidos agudos del piano, en señal de total entendimiento, sentimiento, complicidad, muda felicidad.

«Basta ya de mariconadas», parecía decirnos *father* Mitchell, que venía entonces cada semana a prepararnos para la primera comunión. Y como que lo interrumpía todo, como que interrumpía la total armonía de la vida con clases de piano en el Inmaculado Corazón, los sentimientos indescifrables, la atmósfera Chopin. Era tejaño, y por lo tanto vulgar, y decían que estaba tan acostumbrado a los pecados de este mundo que en sus confesiones, que más parecían interrogatorios, siempre empezaba preguntando «¿Cuántas veces?», así, a secas. A mí me arruinó la primera comunión, todo por causa de un sentimiento de culpa de esos que para *father* Mitchell sencillamente no podía estar entre los pecados de este mundo.

Me dio un fiebrón de guardar cama, pocos días antes de aquella primera confesión con *father* Mithel que precedía a la primera

comuni3n. Y mataron, en un crimen pol3tico, al pap3 de un compa1ero de clase. Y me mandaron a t3a Pacha, la solterona y fea y pobre, para que, como siempre en estas febriles y nerviosas ocasiones, me leyera historias al pie de la cama. Entonces vino mi pecado, un pecado que sin duda *sister* Susy hubiera comprendido mucho mejor que *father* Mitchel. Yo acababa de hablar por tel3fono con mi compa1ero de clase que ahora era hu3rfano, le hab3a explicado que no pod3a ir a visitarlo porque estaba en cama, 3l hab3a llorado y yo no hab3a llorado, y en eso estaba pensando cuando t3a Pacha se solt3 a leerme un cap3tulo tan aterradoramente triste, tan aterradoramente cruel, de *Coraz3n*, de Edmundo d' Amicis, un ni1o pobre italiano que busca a su mam3, de los Apeninos a los Andes, y mil veces no la encuentra nunca, que termin3 escondido bajo la s3bana ocultando un llanto que, pens3 entonces con remordimientos, m3s bien le habr3a correspondido a mi amigo del pap3 asesinado. Y as3 se lo confes3 a *father Mitchel*, que habl3 con mi madre y le aconsej3 un psic3logo, pero todo se arregl3, al final, porque *father Mitchel* era tejano y por lo tanto vulgar ©